

JUAN PABLO SARTRE. IN MEMORIAM

(21 junio 1905, 15 abril 1980)¹

JUAN JOSÉ R. ROSADO

En la tarde del dieciséis de abril, las imágenes de TVE pálidas, porque el cielo de París estaba ceniciento, nos enviaban el último viaje de JUAN PABLO SARTRE. Y entre aquellas imágenes, que tuve ocasión de ver casualmente, venían a mi mente los versos del poeta, ante la muerte de un amigo querido, que dicen:

Y al reposar, sonó con recio
golpe solemne en el silencio,
un golpe de ataud en tierra
es algo perfectamente serio

Efectivamente, el golpe de ataud con JUAN PABLO SARTRE en un cementerio parisino ponía punto final a un capítulo importante de la filosofía. El capítulo del «existencialismo». No era SARTRE un filósofo existencial, al estilo de JASPERS; no era tampoco un metafísico de la existencia, al estilo de HEIDEGGER. Era, quiso ser, aunque no inventó el término, pura y simplemente existencialista.

¿Qué se quiere decir con esto? En honor a la verdad, lo primero que hay que decir sobre el existencialismo es que se trata de un contingentismo radical. Decir que el existencialismo es un contingen-

1. *Nota de la Redacción.* Se recoge aquí la intervención del Prof. R. Rosado en el Seminario que, con motivo de la muerte de Sartre, tuvo lugar en la Sección de Filosofía de la Universidad de Navarra, en mayo de 1980.

tismo radical quiere decir que SARTRE no ha querido optar por ninguna de las dos opciones fundamentales de la filosofía de Occidente: ni por el ente compacto que se basta a sí mismo de PARMÉNIDES, ni tampoco por lo que los ateos de nuestro tiempo han dado en llamar «el fantasma nebuloso de la metafísica hebraica de la creación». Sin PARMÉNIDES y sin el creacionismo, el mundo está de sobra para SARTRE, no tiene sentido.

Este contingentismo radical se afirma múltiples veces a través de las páginas literarias o filosóficas de JUAN PABLO SARTRE. Por ejemplo, en *La Náusea* cuando dice, frente a un tropel de seres que aparecen ante el personaje que les va a presentar: «Todos aquellos seres existentes no venían de ninguna parte y no iban a ninguna parte. De repente existían, y luego de repente dejaban de existir».

¿Cómo acontece este contingentismo?. Acontece, lo dije ya hace mucho tiempo, en virtud de la aventura dialéctica de SARTRE que consiste en llevar a cabo una nihilización de la esencia al mismo tiempo que un esencialismo de la nada. La filosofía de SARTRE es, indudablemente, la filosofía cuyo blanco fundamental no es el ser sino la nada. Ante la pregunta que ha conmovido el pensamiento de occidente, que resuena en LEIBNIZ de una manera ya formal, en KANT y en HEIDEGGER, ¿por qué el ser y no más bien la nada?, SARTRE podía muy bien haber invertido la pregunta y cuestionarse: ¿Por qué la nada y no más bien el ser?

Esa nihilización de la esencia es, como es bien sabido, el punto clave del existencialismo. El hombre es puro existir; existir que consiste, en definitiva, en una simbiosis de ser lo que no se es y de no ser lo que se es, en un puente tendido entre un pasado nihilizante, que ya no es, y en un futuro, también nihilizante, que se proyecta sobre la posibilidad aniquiladora de la existencia, en la cual consiste fundamentalmente la existencia, para decirlo en el lenguaje —un tanto olvidado para SARTRE— de SOREN KIERKEGAARD.

Pero esta nihilización de la esencia tiene su contrapartida. Y es la contrapartida, por modo de venganza, de la esencialización de la nada. La nada en SARTRE es una nada esencial. Está en el corazón del ser. Ni siquiera está en su horizonte, como un marco cabe el cual puede de alguna manera albergarse o habitar. «La nada, son palabras textuales tuyas, anida en el corazón del ser». Y ¿qué es esa nada? cabe preguntarse ya. Esa nada es fundamentalmente libertad.

Esa nada es fundamentalmente libertad, y cuando la libertad se desenmascara —la libertad es una especie de jinete enmascarado que galopa por el fondo del ser— entonces es cuando surge precisamente el punto central del sistema sartreano, entonces es cuando, de alguna manera, SARTRE pretende conocer y comprender la existencia. Un fragmento del acto 2.º, escena 3.ª de *Las moscas*, la obra teatral, es expresivo, lo dice mucho mejor de lo que podría decirlo yo. El diálogo se desarrolla entre Júpiter y Egisto; Júpiter, rey del universo y Egisto, rey de Argon. Dice Júpiter: «Te he dicho que fuiste creado a mi imagen. Los dos hacemos reinar el mismo orden. Tu en Argon, yo en el mundo. Y el mismo secreto pesa gravemente en nuestros corazones». «Yo no tengo secretos» le contesta Egisto. «Tienes el mismo que yo. El secreto de los dioses y de los reyes. Que los hombres son libres, Egisto. Tú lo sabes, pero ellos no». Final de Egisto: «Si lo supieran pegarían fuego a las cuatro esquinas de mi palacio. Hace quince años que represento una comedia para ocultarles su poder».

Cuando esa libertad, por decirlo reduplicativamente, se libera; cuando esa libertad se convierte en el tema fundamental de la conciencia, entonces surge también naturalmente la nihilización de la misma libertad. Una libertad que por supuesto no tiene más límite que ella misma, el estar condenada a ser libre, el no poder dejar de ser libre. Ni siquiera en un momento tuvo que decir SARTRE que era libre para morir, más bien tuvo que reconocerse como un libre mortal.

Un texto de *El Ser y la Nada* tiene una relevancia fundamental para el entronque filosófico del sistema sartreano. Dice así: «KIERKEGAARD, describiendo la angustia antes de la falta —el pecado original— la caracteriza como angustia ante la libertad. Pero HEIDEGGER, en quien la influencia de KIERKEGAARD es bien conocida, considera, al contrario, a la angustia como la captación de la nada. Hasta aquí la Historia», reconocía SARTRE. Y concluye «estas dos descripciones de la angustia no nos parecían contradictorias. Ellos por el contrario, se implican mutuamente».

¿Qué quiere decir esto? Aquí hay una trilogía de conceptos: angustia, nada y libertad, y el que se repite es la angustia, pero ante un campo diferente: el campo de la nada y el campo de la libertad. ¿Por qué ese campo bífrente? Porque en definitiva es el mismo campo. La nada y la libertad coinciden plenamente. Lo que acontece es que, pa-

ra HEIDEGGER, la libertad se funda en la nada, lo cual significa, en definitiva, que la libertad no tiene fundamento alguno, que es el absoluto *Un-Grund* y *Ab-Grund*, al mismo tiempo, sin fondo.

Para SARTRE, más bien, la libertad es la que lleva de su mano el poder aniquilador. El poder aniquilador ¿de qué? El poder aniquilador del mundo, de eso mismo que la conciencia no puede ser. La dicotomía, entonces, entre el «por sí» y el «en sí», esa dicotomía tan conocida, significa que el hombre proyecta, en definitiva, aniquilar el en sí —lo que siempre es lo que es— a diferencia de la conciencia, de la subjetividad que es lo que no es en forma de pasado y no es lo que es en forma de futuro, porque el instante heideggeriano se pierde efímeramente—. A diferencia de eso, es en SARTRE la libertad el fundamento de la nada, de la potencia aniquiladora del ser por sí.

Esto quiere decir, en definitiva, que SARTRE no ha sabido conjugar —y de ahí el punto conclusivo que vamos a sacar a continuación— lo que el prof. INCIARTE en un artículo publicado en las Actas de un Symposium Teológico, hablando de la libertad como riesgo del hombre, concluyó profundamente dándose cuenta de que, en definitiva, el gran riesgo de la libertad no es el riesgo del hombre, es el riesgo de Dios. La libertad es el riesgo que Dios ha querido correr. No sólo por crear libremente —*quia voluit*, agustinianamente entendido; Dios, en definitiva, es máximamente liberal— sino por querer libremente crear seres libres. Seres que pueden optar por él o contra él. Esta opción es la que en SARTRE conduce —y este es el punto final que quería tocar— al ateísmo. Un ateísmo que surge porque cuando se quiere quitar al Absoluto de nuestra Vida, como señaló muy bien KARL JASPERS, inmediatamente otro absoluto viene a ocupar su puesto. Y este ateísmo surge precisamente por el enigma de la libertad. Tan omnímoda es la libertad, tan omnipotente, tan libre absolutamente, que la libertad no puede ser creada.

SARTRE no ha sabido conjugar la libertad con la creación. Valdría la pena que hubiese leído la frase de ZUBIRI: «lo que nos hace ser, nos hace ser libres». Y en este punto, quien mejor ha interpretado a SARTRE no ha sido su amante, en sus escritos muy sartreanos, SIMONE DE BEAUVOIR, sino, un discípulo suyo muy conocido de todos, ALBERTO CAMUS. CAMUS en el final del *Calígula*, a punto de caer el telón pone en Calígula esas palabras, cuando también su amante pretende consolarlo a punto de morir y le habla del cielo. Calígula responde: «El cielo, ¡qué tontería! ¡qué tontería!, el cielo no existe. Los

dioses no pueden existir. ¿No te das cuenta, Casonia, que yo soy libre? ¿Cómo puede existir el cielo?».

Esta es, en definitiva, la tesis fundamental del J. P. SARTRE. Me permito citar un último texto de *El Ser y la Nada*: «El existencialismo no es más que un esfuerzo por sacar todas las consecuencias de una posición atea coherente. El existencialismo no es así un ateísmo en el sentido de que se esfuerza por demostrar que Dios no existe. Mas bien declara que aunque Dios exista, eso no cambiaría nada».

Entonces, lógicamente, el ateísmo surge ante la evidencia de la imposibilidad del proyecto humano de pretender conjugar el para sí nihilizante con el en sí opaco, sin fisuras, macizo, residuo todavía del fantasma parmenídico del ser. La conclusión no se hace esperar: el hombre es una pasión inútil. Cristo, es una contradicción. «La pasión del hombre, dice textualmente, es la inversa de la pasión de Cristo. Porque el hombre se pierde en cuanto hombre para que Dios nazca. Pero la idea de Dios es contradictoria y nosotros nos perdemos en vano. El hombre, repite, es una pasión inútil». La libertad es siempre potencia de elección. Indudablemente, en su vida, SARTRE ha elegido, como está claro en el título de su obra, entre el *Diablo y el buen Dios*. Optó por el diablo, y al diablo, teológicamente el ángel Satanás, es el símbolo nihilizante, es el contra-ser. Sin embargo, hay que pensar que, ahora, al entrar en la eternidad, habrá comprendido la plenitud de Ser, más allá del nihilismo de su sistema metafísico. Hay que esperar siempre en el buen Dios. Que JEAN PAUL SARTRE haya encontrado la paz. Esto es lo que deseo en mi participación en lo que podría llamarse «requiem por un filósofo». Porque siempre «un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio».